

**DESCARTES Y EL NACIMIENTO DE LA
MODERNIDAD: CONOCIMIENTO
Y DOMINIO DE LA NATURALEZA**



COLECCIÓN EPOCHÉ CONSTITUCIÓN Y CRÍTICA DE LA MODERNIDAD

Dirección

Joan Lluís Llinàs Begon

Secretaría

Andrés L. Jaume Rodríguez

Comité académico asesor

Óscar Barroso (Universidad de Granada)

Laura Benítez Grobet (Universidad Nacional Autónoma de México)

Raffaele Carbone (Università di Napoli Federico II)

Philippe Desan (University of Chicago)

Oliver Guerrier (Université de Toulouse Jean Jaurès)

Plinio Junqueira Smith (Universidade Federal de São Paulo)

Zuraya Monroy Nsar (Universidad Nacional Autónoma de México)

Nicola Panichi (Scuola Normale Superiore di Pisa)

Pablo Pavesi (Universidad de Buenos Aires)

Nuria Sánchez Madrid (Universidad Complutense de Madrid)

Juana Sánchez-Gey (Universidad Autónoma de Madrid)

Vicente Sanfélix (Universidad de Valencia)

Conrad Vilanou (Universitat de Barcelona)

Mauricio Zuluaga (Universidad del Valle de Cali)

Colección Epoché

La colección *Epoché. Constitución y crítica de la modernidad*, quiere ser un lugar de encuentro de diversas miradas sobre la modernidad. Estas miradas tienen en común la puesta entre paréntesis, por eso es una mirada crítica y especulativa. Los autores comparten un cierto linaje filosófico, pues se reconocen herederos de un período que surge en el s. XVI, tiene una época de apogeo en los ss. XVII y XVIII y entra en crisis en los ss. XIX y XX. La mirada hacia el pasado es la de quien ve en él lo que fue sin tener muy claro qué será. Por eso la colección *Epoché* es una colección de autores perplejos que quieren pensar su tiempo para saber a qué atenerse y cómo estar en el mundo.

Epoché maior

Epoché maior recoge estudios y ensayos monográficos sobre diferentes aspectos de la modernidad filosófica escritos en cualquiera de las lenguas románicas.

Epoché minor

Epoché minor quiere ser un espacio de reflexión abierto preferentemente a los filósofos iberoamericanos contemporáneos, dentro de una tradición plural y crítica.

SERGIO GARCÍA RODRÍGUEZ

DESCARTES Y EL NACIMIENTO DE LA
MODERNIDAD: CONOCIMIENTO
Y DOMINIO DE LA NATURALEZA

EDITORIAL SINDÉRESIS

2025

1ª edición, junio 2025

© Sergio García Rodríguez

© 2025, editorial Sindéresis

Calle Princesa, 31, planta 2, puerta 2 - 28008 Madrid, España

info@editorialsinderesis.com

www.editorialsinderesis.com

ISBN: 978-84-18206-81-8

Depósito legal: M-14631-2025

Produce: Óscar Alba Ramos

Portada: IA por Sergio García Rodríguez

Impreso en España / Printed in Spain

Reservado todos los derechos. De acuerdo con lo dispuesto en el código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes, sin la preceptiva autorización, reproduzcan o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Esta publicación es parte del proyecto de I+D+i, ayuda PID2021-126133NB-I00, financiado por MCIN/AEI/10.13039/501100011033, FEDER Una manera de hacer Europa



Irie
UIB - GOIB

Institut de Recerca
i Innovació Educativa

ÍNDICE

Introducción	11
Capítulo 1. Dos cosmovisiones en los albores de la Modernidad: <i>vita contemplativa</i> y <i>vita activa</i>	19
1. La existencia terrenal en la Edad Media y en el Renacimiento ..	21
2. Providencia divina contra Fortuna: los límites de la libertad humana.....	45
3. Acción contra contemplación: transformación y control del mundo	56
Capítulo 2. Descartes y el triunfo de la cosmovisión activa.....	73
1. «Debemos intentar sobre todo bien vivir»: la revalorización cartesiana de la vida terrenal	75
1.1. La dignidad humana como fundamento de la buena vida terrenal	77
1.2. La buena vida cartesiana: conjugando bienes espirituales y bienes terrenales.....	91
2. Los límites cartesianos de la libertad: entre la fortuna y la Providencia.....	103
3. El triunfo de la « <i>vita activa</i> » sobre la « <i>vita contemplativa</i> » en Des- cartes.....	112

Capítulo 3. La secularización cartesiana de Dios y de la naturaleza.....	123
1. La separación entre filosofía y teología en la Modernidad	125
2. Del Dios de Abraham al Dios de los filósofos.....	140
3. De la naturaleza como creación divina a la <i>res extensa</i>	147
3.1. El desencantamiento cartesiano del mundo: corpuscularismo y mecanicismo	148
3.2. <i>Mundus non est fabula</i> : el realismo científico cartesiano..	162
Capítulo 4. Descartes y el dominio efectivo de la naturaleza	175
1. La huella del hermetismo en el pensamiento cartesiano	177
2. Dueños y poseedores de la naturaleza: el dominio tecnológico de la naturaleza	185
3. El dominio cartesiano del cuerpo humano: medicina y moral...	200
4. Los límites de Descartes en el dominio de la naturaleza.....	209
Capítulo 5. «Hay que reconocer la imperfección y debilidad de nuestra naturaleza»: el falibilismo cartesiano.....	217
1. La imperfecta condición humana: error y falibilidad en Descar- tes	220
2. El perfeccionamiento de los juicios	226
2.1. El conocimiento en los juicios: certeza metafísica y certeza moral.....	228
2.1.1. Los fundamentos del conocimiento humano: la certeza metafísica	230
2.1.2. El desarrollo del árbol de la filosofía: la certeza moral.....	237

2.1.3. Cómo perfeccionar nuestro conocimiento: la relación entre certeza metafísica y certeza moral.....	249
2.2. Cómo perfeccionar nuestro modo de juzgar: los hábitos mentales.....	258
Capítulo 6. La idea de progreso en Descartes.....	267
1. La construcción de la idea de progreso en Descartes.....	269
2. Descartes y el progreso del conocimiento humano.....	278
3. El progreso material de la humanidad: comodidad y salud.....	286
4. El progreso moral de la humanidad: paz y concordia.....	292
Epílogo, La herencia cartesiana en la moderna idea de dominio.....	297
Bibliografía.....	307

A mi familia

INTRODUCCIÓN

Uno de los principales supuestos sobre los que se han construido las distintas interpretaciones del pensamiento cartesiano reside en su carácter sistemático. No solo el propio Descartes subraya, en diversos pasajes de su obra, la sistematicidad que caracteriza tanto a su filosofía como a su ciencia, sino que esta apuesta por el orden también se manifiesta de manera explícita a través de las imágenes que emplea para ilustrar la articulación interna de su pensamiento —como las metáforas del edificio o del árbol—, las cuales preservan y refuerzan ese espíritu de unidad. Resulta claro, pues, que subyace en su obra una decidida voluntad de sistema en la que las distintas partes del saber se integran orgánicamente, asumiendo funciones específicas que, en última instancia, contribuyen a la constitución de un todo coherente. Entre estas representaciones, la del árbol de la filosofía, expuesta en la Carta-prefacio a los *Principios de la filosofía*, constituye quizás la más elocuente, al ofrecer una imagen clara y estructurada del lugar que corresponde a cada disciplina en el conjunto del conocimiento humano. La Metafísica, en tanto que raíces del saber, tiene el propósito de fundamentar de forma muy firme el resto de nuestro conocimiento. La Física, que representa el tronco del árbol, se alimenta de las raíces y nos brinda unas leyes naturales sólidamente asentadas que explican el funcionamiento de la realidad y también nutren a las distintas ciencias —a saber, Medicina, Mecánica y Moral— que no son sino las ramas de las que debemos extraer los frutos del conocimiento. Observamos, de este modo, que cada disciplina posee una función característica e irrenunciable dentro del proyecto cartesiano.

La cuestión que, en este punto, se nos plantea es la del horizonte que orienta al propio sistema cartesiano y que permite dotarlo de significatividad. Abordar este interrogante exitosamente requiere trascender aquellas lecturas que, de un modo u otro, oponen un Descartes metafísico a un Descartes científico, pues estas no solo desvirtúan la sistematicidad de su pensamiento sino que dificultan atender al que, a mi entender, es el principal objetivo de la filosofía cartesiana: la existencia del hombre, el buen vivir. En efecto, el proyecto cartesiano tiene como propósito esencial el intentar mejorar la vida humana

(«debemos intentar sobre todo bien vivir»¹), finalidad que no puede quedar desdibujada si es que realmente deseamos preservar la unidad de su pensamiento.

La existencia del hombre se comprende en la Modernidad en términos decididamente mundanos. Sus objetos y metas vitales se circunscriben, no ya a un paraíso ultraterrenal, sino a la existencia misma que desarrollamos en este mundo. Por ello, la buena vida es, para los *novatores*, una cuestión indisociable del dominio de la naturaleza, convirtiendo esta en una de las claves esenciales sobre las que el hombre establece su relación con el mundo. Desde la óptica moderna, la realidad no es ya comprendida como un objeto cuya complejidad y magnificencia da cuenta del infinito poder y de la gloria de Dios y cuya relación con el hombre se da fundamentalmente en términos contemplativos, sino que esta es reificada y puesta al servicio de las necesidades humanas. El conocimiento científico será, en este punto, el instrumento que nos brinde las claves de su control operativo, estableciendo una relación con la realidad eminentemente activa y transformadora. La dimensión utilitaria del conocimiento —que, naturalmente, había estado siempre presente en la historia del pensamiento aunque de forma tangencial²— es elevada en la Modernidad a su cénit. El conocimiento ahora se concibe y valora esencialmente por los efectos que somos capaces de extraer del mismo. Sin duda, Descartes da buena cuenta de ello, pues a lo largo de su obra no solo se critica el saber heredado por su escasa capacidad operativa sino que se reconoce de forma explícita cómo ese carácter transformador que reside en el verdadero conocimiento es el valor más eminente y el que realmente alimenta la búsqueda del saber:

«Y así como no se recogen los frutos del tronco ni de las raíces, sino sólo de las extremidades de las ramas, de igual modo la principal utilidad de la Filosofía depende de aquellas partes de la misma que sólo pueden desarrollarse en último lugar»³

Así, en la medida que el valor del conocimiento reside en su dimensión operativa, el moderno dominio de la naturaleza no puede ser ya un aspecto que podamos pasar por alto en nuestra relación con la realidad sino que conforma

¹ Descartes, R., *Principios de la filosofía*, Barcelona: RBA, 2002, p.15 (AT IX-B, p.13)

² En el capítulo 4 profundizaremos en esta idea a fin de oponerla al tipo de dominio de la naturaleza característico de la Modernidad.

³ Descartes, R., *Principios de la filosofía*, op.cit., p.16 (AT IX-B, p.15)

el propio eje desde el que vertebramos nuestra forma de estar en el mundo. Una buena muestra de ello la encontramos en los intereses cartesianos por la medicina, la mecánica o la moral que, en último término, veremos que apuntan a preocupaciones eminentemente prácticas como preservar nuestra salud, resolver incomodidades de nuestro cuerpo o facilitar las tareas productivas. Consecuentemente, si nuestra forma de estar en el mundo se basa en el dominio, esto es, en intervenir en la realidad como medio para desarrollar la propia naturaleza humana, es preciso que este sea un dominio *efectivo* en el que seamos verdaderamente capaces de lograr aquellos fines deseables para el hombre. Esta es precisamente la voluntad de Descartes, como bien expresa en el famoso fragmento de la Sexta Parte del *Discurso*:

«Pues esas nociones me han enseñado que es posible llegar a conocimientos muy útiles para la vida, y que, en lugar de la filosofía especulativa enseñada en las escuelas, es posible encontrar una práctica, por medio de la cual, conociendo la fuerza y las acciones del fuego, del agua, del aire, de los astros, de los cielos y de todos los demás cuerpos que nos rodean, tan distintamente como conocemos los oficios varios de nuestros artesanos, podríamos aprovecharlas del mismo modo en todos los usos a que sean propias, y de esa suerte hacernos como dueños y poseedores de la naturaleza»⁴

Sin duda, en este pasaje se alude, no solo a la utilidad que debe brindarnos el conocimiento, sino también al carácter operativo que reside en el mismo. Ambos elementos confluyen en un objetivo esencial, a saber, hacernos como dueños y poseedores de la naturaleza. Solo el dominio efectivo de la realidad hará posible que puedan extraerse de ella todos estos legítimos frutos. La idea de dominio constituye, así, una de las claves interpretativas esenciales sobre las que se constituye el proyecto cartesiano. Desde los intereses herméticos del joven Descartes hasta sus últimas investigaciones en torno a las pasiones y al dominio de las mismas, su preocupación es siempre disponer de las claves operativas con las que transformar la realidad humana. Por ello, a mi entender, solo podemos llegar a una visión cabal del proyecto cartesiano si atendemos a esta nueva forma de estar en el mundo que definitivamente lo configura bajo la idea rectora del dominio y, con ello, inaugura la Modernidad.

⁴ Descartes, R., *Discurso del método*, Madrid: Gredos, 2011, p.142 (AT VI, p.62)

Esta lectura que incide en el carácter activo y transformador como una de las claves esenciales del proyecto cartesiano no es novedosa pues ha sido ya explorada por importantes exégetas como R. Kennington, R. Spaemann o A. Negri. A partir de estas importantes interpretaciones, podemos decir que el propósito del presente estudio es exponer cómo el pensamiento cartesiano supone el nacimiento de la Modernidad al erigir definitivamente una nueva cosmovisión eminentemente activa que hace de la transformación nuestra forma de estar en el mundo. Para ello, será preciso poner de manifiesto cómo la Modernidad representa el triunfo definitivo de una serie de ideales renacentistas que configuraron, en su momento, un punto de ruptura respecto a una visión del hombre medieval. Considero que es en el pensamiento del Descartes donde realmente confluyen los distintos elementos que sustentan esa nueva cosmovisión. Así, el recorrido que se traza en esta obra atiende a los aspectos esenciales que configuran toda cosmovisión y que, en el fondo, no son sino los tres grandes interrogantes kantianos (*¿qué puedo conocer?*, *¿qué debo hacer?* y *¿qué puedo esperar?*) a partir de los cuáles se configura una visión del hombre mismo y de su forma de estar en el mundo —el famoso «*¿qué es el hombre?*» kantiano que no hace sino sintetizar los anteriores interrogantes. Será precisamente la relación entre conocimiento, acción y fines la que defina esa nueva visión del ser humano.

El presente estudio se propone reconstruir las claves fundamentales que articulan la cosmovisión activa instaurada en el pensamiento cartesiano, en cuyo seno se consolida una nueva concepción del sujeto: un sujeto vinculado al mundo, que encuentra en la realidad terrenal no sólo un espacio de tránsito, sino un ámbito pleno de significación. Esta transformación implica un viraje profundo respecto de las concepciones precedentes, pues el conocimiento ya no se concibe como mera contemplación, sino como una herramienta operativa orientada al dominio efectivo de la naturaleza. La razón, liberada de ataduras trascendentes, se erige en el instrumento por excelencia para la exploración, apropiación y transformación del mundo. El orden expositivo que se seguirá responde, precisamente, a la necesidad de desentrañar los elementos esenciales que configuran esta nueva forma de estar en el mundo. Cada capítulo aborda los distintos ejes que vertebran este giro moderno en la comprensión del sujeto, la naturaleza y el conocimiento.

En el primer capítulo se propone una reconstrucción de las coordenadas que dan forma a la renovada cosmovisión renacentista, claramente contrapuesta a la visión medieval del mundo. Esta nueva mirada redefine el valor de la existencia terrenal y transforma la concepción de libertad individual, proponiendo una actitud activa como condición para la realización plena del sujeto. El individuo ya no está subordinado a un orden divino inmutable, sino que, mediante su acción, puede construir su propia existencia.

El segundo capítulo examina cómo estas claves renacentistas —la revalorización del mundo, la radical afirmación del sujeto y de su libertad así como la apuesta por una actitud activa y transformadora ante el mundo— hallan su cristalización en el pensamiento de Descartes. Su obra representa una verdadera síntesis de ese impulso renovador, consolidando una racionalidad que pretende fundar el saber sobre bases firmes y que sitúa la construcción de una buena vida terrenal como una de las claves intelectuales de la Modernidad filosófica.

En el tercer capítulo se aborda el proceso de secularización que tiene lugar en el pensamiento de Descartes. Como se expondrá, tanto Dios como la naturaleza son despojados de su antigua dimensión sagrada y trascendente para ser reconducidos al ámbito de la razón. Esta operación no implica necesariamente una negación de lo divino, sino su reconfiguración como principio inmanente al sistema, cuya función será garantizar la validez del conocimiento y preservar el funcionamiento de la realidad. Paralelamente, la naturaleza es despojada de toda finalidad intrínseca y reducida a mera *res extensa*: una realidad homogénea, cuantificable y regida por leyes mecánicas. Ambos movimientos —la racionalización de lo divino y la mecanización de lo natural— resultarán decisivos para liberar la acción humana de toda instancia trascendente o teleológica, permitiendo así que el sujeto se afirme como agente autónomo y transformador, capaz de intervenir racionalmente sobre el mundo con vistas a la realización de sus propios fines.

En el cuarto capítulo, se analiza con detenimiento la noción de *dominio* que subyace al proyecto cartesiano. Se rastrean sus raíces conceptuales y se examinan los mecanismos mediante los cuales el pensamiento moderno aspira a ejercer un auténtico control sobre el mundo. El conocimiento, en esta nueva concepción, deja de ser una forma contemplativa de relación con la realidad para

convertirse en una herramienta activa de intervención, apropiación y transformación. Así se inaugura el horizonte técnico y científico que caracterizará a la Modernidad. El dominio pasa a representar, de manera decisiva, el nuevo tipo de vínculo que el sujeto establece con el mundo: ya no tangencial o subordinado, como en el imaginario medieval, sino central, efectivo y proyectado hacia el futuro mediante el desarrollo de la tecnología y la racionalidad instrumental. No obstante, como se mostrará, en Descartes este dominio no es absoluto ni ilimitado: existen límites estructurales que acotan el poder del sujeto, revelando así una tensión interna en el corazón mismo del proyecto moderno.

El quinto capítulo se centra en el problema del conocimiento en el pensamiento cartesiano, con el propósito de mostrar cómo, más allá de las célebres certezas fundacionales, su epistemología incorpora un cierto *falibilismo* inherente a la condición humana. Se examinan allí las posibilidades de perfeccionamiento del juicio y los recursos racionales con los que el sujeto puede aspirar a una mayor claridad y distinción en sus ideas. Sin embargo, se pone de manifiesto que, pese a estos esfuerzos, el hombre permanece condenado a un saber limitado, tentativo, siempre expuesto al error, tanto en el ámbito de la ciencia como en el de la acción moral. Esta comprensión del conocimiento como tarea inacabada es clave para precisar qué forma de dominio puede considerarse realmente posible, y hasta dónde se extienden sus alcances.

El sexto capítulo reconstruye la noción de *progreso* que anima el horizonte cartesiano, interrogando el modo en que el pensamiento de Descartes abre la vía hacia una concepción esperanzada del porvenir humano. Este progreso, tal como se plantea, se articula en torno al avance continuo del conocimiento, que no solo promete un mayor control sobre la naturaleza, sino también la posibilidad de una transformación material y moral de la existencia humana. Se analiza así el modo en que Descartes inaugura una confianza en el desarrollo racional como fuerza emancipadora, que establece las bases para una idea moderna de progreso vinculada a la superación de los límites tradicionales del saber y de la vida.

Finalmente, la obra concluye con un epílogo que ofrece una reflexión sobre el eco que la filosofía cartesiana tuvo en la configuración y desarrollo de la cosmovisión moderna, especialmente en lo que concierne a su dimensión dominadora. Se expone allí el impacto decisivo que el pensamiento de Descartes

ejerció sobre el positivismo y cómo su inspiración metodológica sentó las bases para una nueva relación entre ciencia y técnica. Esta articulación entre saber y poder técnico, cuyo desarrollo marcará la historia intelectual de los siglos posteriores, encuentra en el cartesianismo una de sus fuentes más influyentes. No obstante, también se pone de relieve que la filosofía de Descartes no aboga, en rigor, por un dominio ilimitado ni por una racionalidad puramente instrumental. Sus límites, sus advertencias y su conciencia de la finitud humana permiten matizar la lectura tecnocrática de su legado, abriendo la posibilidad de una reinterpretación más equilibrada de su proyecto filosófico.

